

VERSION ESPAGNOLE ET THÈME

I : VERSION

También los chicos estaban contentos con el traslado. Ellos creían, un poco bobamente, que irse a Santander, un puerto de mar, suponía estarse holgando en taparrabos de sol a sol, disponer de una piragua a voluntad para hacer músculo y darse cada mañana una tripada de mariscos después del chapuzón. Ellos no sospechaban que en Santander las cosas seguirían, más o menos, como en Salamanca, con un poquitín más de mar y un poquito menos de piedras arcaicas, con la particularidad que tendrían que reforzarles las suelas de los zapatos para preservar los pies de la humedad. El cambio no era muy ventajoso que digamos para nadie, y menos para él, para su constitución endeble, y su afección catarrosa, y su estreñimiento crónico, y su reuma. Exactamente, el traslado no era otra cosa que trocar una angustia y una monotonía de tierra adentro por una angustia y una monotonía de litoral.

Pero lo peor no era eso. Lo peor era tener que bracear todo el día de Dios contra el entusiasmo infundado de la familia y tener que pechar con el banquete de despedida, como si su marcha fuese a dejar allí una huella para alguien, o un pobre rastro, o un mal recuerdo, o una cochina nostalgia. Lo peor era eso; que se emperrasen en hacerle creer que le iban a echar de menos, que Blas era en Salamanca algo así como su Plaza Mayor, una cosa fundamental. ¿Por qué el diablo se entretiene siempre enredando las cosas de los más tontos? Porque a fin de cuentas, vamos a ver, ¿quién era él? ¿No era el más nulo, el más insignificante, el más necio y el más atolondrado de todos? Entonces, ¿a qué esos aspavientos, esos condescendientes abrazos, ese tumultuoso adiós? ¿Era que verdaderamente iban a echarle de menos a Blas en la oficina? ¿Qué les importaba a ellos que a Blas le sustituyese Pedro? ¿Qué ganaban, o que perdían con el trueque? ¿Quién era Pedro y quién era Blas? ¿eran cabalmente, uno y otro dos ceros a la izquierda, un par de minúsculos tornillos del enorme mecanismo? Pero, no. Al parecer, las idas y las venidas, en estos tiempos, habían de hacerse y deshacerse con barullos, estridencias, cordialidad y vino. Había que impregnarlas de una afectuosa agresividad. De otro modo, resultaban insulsas, insípidas y vacías. ¡Con lo que él amaba la tranquilidad y el silencio!

Lo de Felisa ya era harina de otro costal. Lo de Felisa ya no tenía remedio. Él se había casado con una forma apetecible de mujer. Nada más. Si ahora resultaba chinchorrera, puntillosa y charlatana, él se lo había ganado por no haber indagado a tiempo qué es lo que tenía dentro aquella forma apetitosa de mujer.

Miguel DELIBES, *La partida*, « El traslado » (1954)

II : THÈME

- La Place est encore loin ?
- Du tout. Nous y arriverons dans un instant. Je vais devoir te faire traverser un quartier... où il faudra se boucher le nez. Ensuite, nous arriverons à la Place.

A mesure qu'ils avançaient, les rues devenaient de plus en plus sales et plus mal tenues. Certaines n'avaient pas de trottoirs et la pluie récente, au lieu d'y faire des mares, y avait creusé dans le milieu de véritables ruisseaux. De part et d'autre, les maisons étaient vieilles, délabrées, noires. Mais, dit Nabucet, elles ne manquaient pas de pittoresque. Certaines de ces maisons constituaient même une grande attraction pour les touristes, et, comme membre de la *Société d'Émulation*, il avait fait personnellement tous ses efforts pour obtenir qu'on en classât quelques-unes comme monuments historiques. « Les plus belles, celles du XII^{ème} et du XIII^{ème} siècle. »

- Si tu ne crains pas les odeurs, arrêtons-nous un instant, dit-il, en pointant le doigt vers une bâtisse en ruines, dont le rez-de-chaussée était occupé par un boulanger et aux fenêtres de laquelle pendaient des oripeaux de toutes couleurs. Le capitaine s'arrêta et regarda.

La rue sentait l'égout, le poisson, la fumée, mais il s'y mêlait aussi d'autres odeurs, celles du pain, du linge qu'on repassait, une odeur de résine. Il devait y avoir pas loin un menuisier. Ils l'entendirent manier la scie, comme autrefois le père Nabucet lui-même. Et d'une petite échoppe de cordonnier partit une volée de coups de marteau sur la pierre à battre, dont la rue tout entière retentit. Le capitaine levait le nez, regardait la maison et ne trouvait rien à dire, sinon qu'elle était sale et même infecte, que tout là-dedans, les êtres et les choses, devait pourrir comme dans une cave.

Louis GUILLOUX, *Le sang noir* (1935)